

MEMORIA DE UNA RAZÓN, LUIS VILLORO Y LO POLÍTICO

Morgan Quero*

Un pueblo que durante siglos ha vivido bajo el régimen de castas y clase, no puede alcanza un estado social democrático sino a través de una larga serie de transformaciones más o menos penosas, con ayuda de violentos esfuerzos y después de muchas vicisitudes durante las cuales los bienes, las opiniones y el poder cambian rápidamente de manos.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,
La democracia en América, t. II

PREÁMBULO

Según Thomas Mann, el intelectual no tiene más opción que entre el radicalismo y la ironía.¹ El talante de Luis Villoro, acompasado por la elegancia en su palabra y en su trato, contrastaba fuertemente con la perspectiva radical que adoptó en la última etapa de sus trabajos filosóficos, esencialmente orientados a rediscutir lo político. Villoro fue durante buena parte del siglo XX uno de los intelectuales mexicanos de renombre con mayor fuerza en el escenario filosófico de México. Su trayectoria se vio marcada muy temprano por la publicación de su tesis titulada “Los grandes momentos del indigenismo en México” y tuvo una brillante experiencia como alto funcionario de la UNAM. Fue secretario particular del Rector Ignacio Chávez a inicios de los años sesenta y, posteriormente, miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde muy joven fue un intelectual destacado y reconocido por co-

* CIALC-UNAM.

¹ Thomas Mann, *Consideraciones de un apolítico*, Madrid, Capitán Swing, 2011, 568 pp.

legas, alumnos y el propio gobierno, quien lo designó embajador de México ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) entre 1983 y 1987. Gravitó de manera determinante en las orientaciones teóricas y epistemológicas que vivió la filosofía mexicana² al ser presidente de la Asociación Filosófica de México, Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y uno de los más influyentes profesores de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la máxima casa de estudios. Fue miembro del grupo Hiperión, que reivindicó la actividad filosófica con profesionalismo y rigor académico, al mismo tiempo que proponía darle un lugar preponderante al problema de la realidad social y política circundante, en especial de México. Sin embargo, y aunque desde muy joven se planteó el problema del indigenismo en México, su vocación lo llevó a ser uno de los impulsores del quehacer de la filosofía analítica en México y la región. En apariencia, se alejó de ciertos debates políticos para luego finalmente volver a ellos, al abrazar una perspectiva más radical, la de la defensa de las comunidades del neozapatismo, desarrolló herramientas teóricas desde la filosofía que ayudaran al proceso de empoderamiento de los pueblos indígenas, articulados políticamente desde el concepto de comunidad.³ Así, Luis Villoro habría sido militante del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), asunto que recién se reveló públicamente a un año de su fallecimiento en 2014, por el propio Subcomandante Marcos, cuando éste salió de su retiro voluntario y tomó nuevamente la centralidad del movimiento desde Oventic, en esa ceremonia conmemorativa dedicada enteramente a Luis Villoro.

EL VIGÍA QUE ERA UN PRÍNCIPE

El itinerario de nuestro autor, nos coloca ante un personaje fuera de serie y, al mismo tiempo, ante un filósofo que fue consciente de ejer-

² Guillermo Hurtado, “Retratos de Luis Villoro”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 49, marzo 2009. En <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/4908/hurtado/49hurtado.html> (fecha de consulta: 7 de abril, 2015).

³ Véase Pablo de Llano, “Marcos reaparece entre la niebla”, en *El País*, 4 de mayo, 2015. En http://internacional.elpais.com/internacional/2015/05/03/actualidad/1430655747_595517.html (fecha de consulta: 5 de mayo, 2015).

cer un poder a cada paso que daba. Tenía la rara cualidad de ubicarse en una posición decisiva y decisoria sin aparecer en un primer plano como el responsable de la dirección y la tensión. Su elegancia natural al hablar, al vestir y al caminar, se confundía con la potencia de su ser, su porte con tono castizo (nació en España en 1922) combinaba con una vocación por el trato cortés, afable y hasta seductor del maestro que causaba impresión. Villoro era para muchos, algo más que un filósofo. Como me dijo un amigo, al terminar de escuchar su Conferencia Magistral en un Congreso Nacional de Filosofía de 1998, en Guanajuato: —“*Parece un Príncipe*”.

A la manera de Paul Newman, en *El color del dinero* película de Martín Scorsese, Villoro desplegabá, en la etapa final de su vida, una rara vitalidad. En la película de Hollywood, un hombre mayor (Paul Newmann) descubre a un joven (Tom Cruise) talentoso jugador de billar y lo guía por el camino de las apuestas y el dinero fácil. El éxito de su pupilo es inmediato, pero el maestro parece necesitar algo más para encontrarse a sí mismo, para reconciliarse con su propia historia. Él había sido un joven como el que ahora estaba guiando por el turbio mundo de las apuestas de billar, las fintas y las carambolas de los espectaculares torneos. Pero su vida se había convertido en un gran vacío alrededor del dinero. Al guiar a su pupilo, el viejo maestro se da cuenta de que debía recuperar la pasión perdida por la esencia de la vida, que no es otra cosa que el placer de jugar. Así, la dimensión existencial se vuelve el descubrimiento central de la recuperación del sentido, más allá del dinero. Como el personaje representado por Paul Newman que está ávido de desafiar nuevamente al destino regresando al juego que es su pasión, así también Villoro se redescubrió a sí mismo en su trabajo filosófico, al abrazar la causa zapatista e intentar teorizarla y ofrecerle una razón.

DESHACIENDO LOS NUDOS DE LA TEORÍA POLÍTICA

Villoro trabaja incansablemente en sus últimos años. Parece estar habitado por una nueva pasión que lo impulsa a leer y releer, publicar y escribir. Su sed es inmensa y su talento desborda, con mucho, lo hecho previamente en su etapa de filósofo analítico. Hay algo así como un regreso a las fuentes, a su propio ser inquieto por la injusti-

cia, por el lugar de los que no tienen lugar, por escuchar y proyectar la voz de los que no tienen voz. Así se lo confiesa a un joven filósofo alemán en una importante entrevista: “Por último, en las etapas posteriores de mi pensamiento, he tratado de constituir algunas reflexiones de una filosofía que quiero que sea *una filosofía propia* porque deseo que responda a preguntas que, aunque sean universales, se plantean desde una perspectiva de *una realidad distinta a la europea*. De ahí han nacido mis últimos libros”.⁴

Es una forma novedosa de retomar la crítica al indigenismo que había retratado en su tesis primigenia. El indigenismo en México, no sería producto de una lucha política que tuviera como protagonistas a los mismos indígenas, sino que habría sido utilizado como un argumento legitimador por excelencia de las causas de los criollos, por lo menos en las coyunturas y autores estudiados por Villoro.⁵ La capacidad de articular un discurso político propio, de construir una representación política por sí mismas les fue negada a las comunidades indígenas, al mismo tiempo que se engrandecía su pasado para justificar los mitos ideales de una nación en construcción en momentos clave de la historia de México: la conquista, la independencia, y la etapa posterior a la revolución. Así lo afirma José Lameiras, en una reseña clásica, al citar a Villoro: “El indio se encuentra sometido, en su realidad misma, a un doble juego en el que los “otros” le otorgan y transforman su ser, [...] juega en la historia sin saberlo”, en una historia ajena, “de arriba”. “Así fue como resultó enemigo del español a la luz de la providencia, aliado del criollo a la luz de la historia (y) del mestizo a la luz de la sociología”.⁶ En otras palabras, el indigenismo no logra retratar al indio más que de manera parcial, siempre como comparsa de algo más que ocupa la centralidad política de ese “gran momento”, nunca como actor central capaz de construir su autorrepresentación en la escena pública, en el discurso de lo mexicano o en el sistema político.

⁴ “Mi experiencia es que el consenso es posible. Luis Villoro en conversación con Bertold Bernreuter”, en *Revista Polylog*. En <http://them.polylog.org/3/dvl-es.htm> (fecha de consulta: 12 de marzo, 2015). Las cursivas son nuestras.

⁵ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, FCE/El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1996, 303 pp.

⁶ Véase la excelente reseña de José Lameiras a Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, 1979, en *Relaciones*, vol. I, núm. 2, primavera de 1980, El Colegio de Michoacán, pp. 199-206.

En el clásico de Villoro sobre los grandes momentos del indigenismo, ya se expresaban algunos de los principales temas que luego desarrollaría, en su etapa de absoluta madurez: la alteridad, la relación política con el Estado, la libertad individual y la colectividad, la pluralidad política, el multiculturalismo pero, sobre todo, el problema de la representación de lo indígena, la autorrepresentación de los pueblos indígenas, las comunidades y las etnias. En otras palabras, el problema de la representación política de lo indígena por parte de los indígenas mismos, y de su relación con la sociedad y el Estado.

Después de su largo “periplo” por los caminos de la filosofía analítica, donde su lectura de Rawls lo conectó y lo entusiasmó con las amplias alamedas de un nuevo método de reflexión filosófico-política, Villoro se lanzó en una empresa tan ambiciosa como arriesgada; la de la demolición de la vieja ética política. En 1997 publicaría su obra más ambiciosa sobre la política y lo político: *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*.⁷ En esta obra, Villoro aborda, con la pasión del erudito, una historia de las ideas políticas, haciendo hincapié en la crítica a Maquiavelo, Marx y Rousseau, así como a diversas fuentes de la tradición “liberal”. En su análisis insiste en los límites y contradicciones de los autores a los que desnuda con implacable consistencia teórica construyendo, al mismo tiempo, su respuesta a los retos del mundo actual. “Renovar la modernidad quiere decir superarla en una traza nueva: recuperar el momento de verdad del pensamiento y la vida premodernos, sin renunciar a los valores fundamentales de una asociación para la libertad.”⁸

La respuesta que anuncia Villoro, no es otra que la vuelta a la comunidad. Una vuelta hacia el futuro, con la posibilidad de dibujar un esquema o escenario político innovador que permitiría el surgimiento de un Estado plural, que, en su diversidad, reconozca a su vez, la pluralidad de culturas, sin querer fundirlas en una sola dominante y hegemónica.⁹ La tarea de Villoro fue ardua. Sin duda recibió el impulso de aquellos que descubren la pasión del converso, y reci-

⁷ Luis Villoro, *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*, México, FCE, El Colegio Nacional, 1997, 400 pp.

⁸ *Ibid.*, p. 373.

⁹ Luis Villoro, *Estado plural, pluralidad de culturas*, México, FFyL-UNAM, 1998, 184 pp.

bió un digno reconocimiento, al año de su fallecimiento, en Oventic, Chiapas por el EZLN, donde el Subcomandante Marcos lo reveló como un “miliciano zapatista”, un “centinela”.¹⁰

Para Villoro no se trataba de habitar el conflicto, constitutivo de lo político, sino de encontrar consensos, a través del regreso a la comunidad y en el nuevo contexto del multiculturalismo. Así lo señaló en una entrevista.

Una segunda experiencia es que, a pesar de estas dificultades en las dos concepciones del mundo encontradas, es posible llegar a acuerdos en los cuales cada una de las concepciones del mundo hace una concesión. Los acuerdos entre los zapatistas y el gobierno de la república llegaron a establecer consensos muy claros. Había lo que se ha llamado en la teoría de John Rawls por ejemplo, un *overlapping consensus*. Eso es un consenso que nace de la conjunción parcial de dos puntos de vista diferentes. Mi segunda experiencia fue que esto es posible, que así como fue posible entre las comunidades agrícolas de origen maya de México y el gobierno federal, que tiene una mentalidad liberal-moderna, así sería igualmente posible entre otras muchas comunidades con visiones del mundo aparentemente irreconciliables.¹¹

Para superar esta brecha *aparentemente irreconciliable*, la clave es, según Villoro, el reconocimiento del *otro* como una dimensión ética. “La lucha por el reconocimiento no puede tener más que una solución satisfactoria: un régimen de reconocimiento entre iguales”, escribe Taylor.¹² El vínculo inspirador con la visión del multiculturalismo de Taylor se hace evidente. El canadiense fue uno de los impulsores de esta corriente de promoción de las políticas de reconocimiento a partir de la afirmación de sí, de la voluntad de construir una identidad intrínseca, digna y distinguible de la de los otros, un sistema político sin ciudadanos de “segunda clase”, es lo que preo-

¹⁰ Así lo informa la prensa. En <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/05/03/el-ezln-rinde-homenaje-a-luis-villoro-y-galeano> (fecha de consulta: 10 de mayo, 2015).

¹¹ *Revista Polylog...*

¹² Charles Taylor, *Multiculturalism and the politics of recognition*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

cupa a Taylor. El canadiense plantea la abolición de la separación entre espectadores y actores citando a Rousseau:

Pero ¿cuáles serán los objetos de estos espectáculos? ¿Qué se verá? Nada, si se quiere. [...] Que los espectadores sean el espectáculo; conviértanlos en actores; hagan que cada uno se vea y se quiera en los otros, que todos se sientan de este modo unidos.¹³

La propuesta es atractiva y fascinante. Se trata de liberar al hombre de la representación política de toda ley, toda cultura, toda economía que lo oprima. Lo esencial es volver a producir una representación que, a la manera de una narración o discurso sobre la propia identidad, se autoerija en poder. Pero esta autoproducción debe posteriormente desvanecerse para permitirle al sujeto vivir su libertad. En esta perspectiva, toda representación que se convierte en institución puede derivar en sistema represivo, o manipulable, en contra del propio sujeto o de aquel otro, como alteridad irreconciliable.

LOS LÍMITES DE UNA RAZÓN

En 1994, a raíz del levantamiento zapatista, en México se escenificó una brecha política muy profunda al interior de la sociedad en un contexto de cambio, marcado por las expectativas en torno a los alcances sociales del modelo económico y la globalización, los supuestos culturales de lo nacional y lo local, y las esperanzas de transformación sobre la participación y la democratización. Esta brecha puso de manifiesto los alcances y límites del proceso de mutación que México estaba viviendo.

Esta brecha podría resumirse con la expresión: “una crisis de representación”.¹⁴ ¿Pero cómo era posible, si en ese mismo momento, a mediados de la década de los años noventa, México estaba empezando a descubrir su propio proceso democratizador? No es descabella-

¹³ Rousseau, citado por Taylor, *op. cit.*, p. 13.

¹⁴ Jacqueline Peschard, “Aspectos normativos e institucionales de la crisis de representación”, en Carlota Jackish, *Representación política y democracia*, Buenos Aires, CIEDLA, 1998, pp. 135-149.

do pensar entonces en la reflexión trágica plasmada en la *categoría de lo impolítico*. Según Roberto Esposito, filósofo político italiano: “en el centro de la perspectiva impolítica está [...] la imposibilidad de la comunidad en cuanto a la coincidencia consigo misma, su impresen- tabilidad histórica”.¹⁵

Así, una lucha de resistencia o un conflicto político severo, no sería resultado de la búsqueda de una mejor representación, sino de su imposibilidad permanente. Según Pierre Rosanvallon, “el problema contemporáneo no es el de la pasividad, sino el de lo *impolítico*, es decir de la dificultad de aprehensión global de los problemas ligados a la organización de un mundo común”.¹⁶

Esto tendría como resultado la noción de *contrademocracia* que nos remite a la brecha cada vez mayor entre la sociedad civil y las instituciones, y cuya consecuencia es la “disolución de las expresiones de pertenencia a un *mundo común*”.¹⁷ Para Rosanvallon, el problema de las democracias contemporáneas sería causado por el carácter impolítico de la *contrademocracia*, que superpone una actividad democrática con efectos propiamente no políticos que impactan en la confianza y socavan la legitimidad.

Para Luis Villoro, en cambio, la representación de las diferencias es posible y, además, es la única forma necesaria para alcanzar los consensos. La democracia no está amenazada por la contrademocracia, sino que es un horizonte de plenitud en el reconocimiento, la libertad, la participación y la justicia.¹⁸

En este enfoque de virtuoso que buscó nuevos esquemas de interpretación, sin duda, la mirada de Jacques Rancière le hubiera sido de gran utilidad. Lejos de una versión idealista, el filósofo francés problematiza el conflicto y, en especial, el desacuerdo desde la lógica de la democracia y la política. Al considerar que sólo hay política cuando hace irrupción la diferencia y el conflicto, el reclamo de

¹⁵ Roberto Esposito, *Categorías de lo impolítico*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 27.

¹⁶ Pierre Rosanvallon, *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, París, Ed. du Seuil, p. 28. La expresión de lo *impolítico* sólo es retomada de Esposito, y de manera general, para argumentar en relación con su propia tesis de la *contra-democracia*.

¹⁷ *Ibid.*, p. 28. La traducción es mía.

¹⁸ Luis Villoro, *Los retos de la sociedad por venir*, México, FCE, 2007, 226 pp.

aquellos que no tienen parte en el recuento de las partes, el consenso sería lo más parecido no a la política sino a la policía.

En este sentido Rancière apunta, certeramente, al problema de la ilusión democrática en las comunidades:

La pretensión exorbitante del *demos* a ser el todo de la comunidad no hace más que realizar a su manera —la de un partido— la condición de la política. La política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte.¹⁹

Desde la complejidad y los contrastes, Rancière insiste en problematizar a la comunidad:

La afirmación del mundo común se realiza así en una puesta en escena paradójica que reúne a la comunidad y a la no comunidad. Y una conjunción tal siempre es muestra de la paradoja y el escándalo que trastorna las situaciones legítimas de comunicación, las particiones legítimas de los mundos y los lenguajes y redistribuye la manera en que se distribuyen los cuerpos parlantes en una articulación entre el orden del decir, el orden del hacer y el orden del ser. La demostración del derecho o manifestación de lo justo es nueva representación de la participación de lo sensible.²⁰

REFLEXIÓN FINAL

Luis Villoro apuntó claramente a un ideal, basado en la lógica de la representación y el reconocimiento para darle un lugar a aquellos que no tenían más que exclusión y pobreza, las comunidades indígenas, en especial de Chiapas. La fuerza de sus argumentos se nutrió de la memoria de su propia experiencia sensible en la juventud y de la pasión recuperada en 1994, 20 años antes de su muerte. También se nutrió de un camino original que pasó por la filosofía analítica,

¹⁹ Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva visión, 1996, p. 25.

²⁰ *Ibid.*, p. 75.

distanciándose de muchos de sus contemporáneos y creó un rumbo propio para él, y para otros, que lo siguieron. Las preocupaciones de Villoro se volcaron enteramente hacia la política y lo político de una manera que probablemente él mismo no sospechó en su juventud. Más allá de los debates y las contradicciones es fundamental afirmar que Villoro se reinventó siempre como un filósofo fuera de lo común, desarrolló una obra vasta y ambiciosa que seguirá siendo referente para muchos académicos en el futuro. Más cerca del radicalismo que de la ironía, Villoro fue un intelectual en el sentido clásico del término, un hombre comprometido con los problemas de su tiempo y dispuesto a pensar, dialogar y testimoniar. Una forma como otra de rendir homenaje a la memoria de una razón.